

VI

Saint-Just, que era su único confidente, habia tenido muchas conferencias secretas con Robespierre, en las que trató de persuadirle á que adoptase una política ménos vaga y designios más determinados.

Saint-Just, aunque jóven, tenia, si no en las ideas, al ménos en el carácter, la madurez consumada del hombre de Estado. Habia nacido tirano y tenia la insolencia del gobierno áun ántes de tener la fuerza, no dando á la palabra sino la forma del mando; era lacónico como la voluntad. Sus comisiones en los campamentos, y el uso imperioso que habia hecho de su autoridad con los generales en medio de los ejércitos, habia enseñado á Saint-Just lo fácilmente que ceden los hombres bajo la mano de uno solo. Su valor y la costumbre que habia adquirido del fuego le habian dado la actitud de un tribuno militar, tanto para ejecutar como para concebir un golpe de mano. Sólo Robespierre era el único hombre ante el cual se inclinaba Saint-Just, como ante el pensamiento superior y regulador de la república. Así, al acusar su lentitud, respetaba en él sus irresoluciones y se sacrificaba en su caída. Caer con Robespierre le parecia caer por la misma causa de la revolucion. Como discípulo impaciente, pero siempre discípulo, hostigaba al oráculo, pero sin violentarle nunca.

Couthon, Lebas, Coffinhal y Buonarotti eran admitidos frecuentemente á aquellas conferencias. Todos eran republicanos sinceros, y sin embargo, conocian como Saint-Just que la hora de la crisis habia llegado, y que si la república tenia horror por un tirano, tenia tambien necesidad de un poder ménos vacilante y ménos irresponsable que el de los comités. «La opinion se ha hecho hombre en tí,—decia Buonarotti á Robespierre.—Si tú te rehusas, no serás á quien engañes, sino al mismo pueblo. Si te detienes teniendo al pueblo detras de tí y despues de haberle lanzado tú mismo, pasará sobre tu cuerpo para ir á buscar por conductores á esos malvados que le precipitarán en una anarquía muy cercana á la tiranía.» Así, en todas las crisis, en que Robespierre se fiaba al tiempo y á la fortuna más que á la resolucion, tomaba el partido de que le hiciesen violencia por el momento, creyendo que el oráculo estaba en la circunstancia, fiándose á la fatalidad, que es la supersticion de los hombres por mucho tiempo dichosos.

Sin embargo, quedó convenido entre él y sus amigos que la república tenia necesidad de instituciones, que faltaba un director supremo superior á los comités que manejase los resortes del poder ejecutivo, y que si los Jacobinos, la Convencion y el pueblo se decidian á dar una cabeza al gobierno, Robespierre se sacrificaría á esta magistratura temporal. Se convino ademas en arrancar el poder á los miembros de los comités, vigilar y depurar á los Jacobinos, que eran el punto de apoyo indispensable para remover á la Convencion; apoderarse del Consejo general de la municipalidad, que disponia de la insurreccion; hacerse dueños por medio de Henriot de la fuerza armada de Paris, lisonjear por Saint-Just y Lebas la opinion del ejército, llamar sucesivamente de los departamentos á los diputados comisionados de que no estaban muy seguros, alejar de la Convencion ó perder en el espíritu del pueblo á los que sospechaban con ambiciosos designios, y en fin, preparar con anticipacion á Robespierre un arma legal, tan arbitraria, tan

absoluta y tan terrible que nada tuviese que pedir de más cuando fuese elevado á la suprema magistratura, para hacer inclinar todas las cabezas bajo la ley de la unidad y del nivel de la muerte. Robespierre se reservaba con todo no obrar sino por la fuerza de la opinion, no recurrir á la insurreccion, respetar la soberanía nacional en su centro, y no aceptar más título ni poder que los que le fuesen impuestos por la Representacion nacional. Couthon se encargó de preparar un decreto que diese la dictadura á los comités. Una vez votada aquella dictadura por la Convencion, la arrancarían de manos de los comités, y la volverian contra éstos si fuese necesario. Este fué el decreto inexplicable que llamaron algunos dias despues el decreto del 22 Prairial. Saint-Just suspendió por algunos dias su marcha para el ejército del Rhin, á fin de lanzar ante el comité y ante la Convencion algunos de aquellos axiomas que caen desde lo alto en el pensamiento de una asamblea, que hacen presentir la profundidad de los designios, y que preparan la imaginacion á lo desconocido.

VII

Las circunstancias eran extremas, y el terreno resbaladizo. La muerte de Danton habia decapitado á la Montaña. Los montañeses estaban admirados aún de haberse dejado arrebatar por un golpe de mano tan súbito, tan atrevido y tan imprevisto un hombre que se arraigaba en ellos, y cuya ausencia los entregaba sin alma, sin voz y sin brazos á la prepotencia de los comités. Robespierre, por este golpe de Estado, habia conquistado una autoridad y un respeto que llegaba en los convencionales hasta el temor, pero tambien hasta el aborrecimiento. El hombre que habia muerto á Danton podia atreverse á intentarlo todo. Hasta entónces se habia creído en el desinterés, pero ahora se creia en la ambicion de Robespierre. La sospecha sólo de aquella ambicion era una fuerza para él. Hay vicios que la cobardía de los hombres respeta más que la virtud. Desde el momento en que Robespierre se preparaba á reinar, se preparaban ellos á obedecer. Los esclavos no faltan nunca para los tiranos, ni estímulo para la tiranía. La Montaña fingia en masa la idolatría de Robespierre.

Sin embargo, aquel culto aparente estaba mezclado en el fondo de temor y de ira. Los numerosos amigos de Danton experimentaban una secreta vergüenza por haberle abandonado. El nombre de Danton era un remordimiento para ellos. Su sitio permanecia vacío en la Montaña, y era una acusacion el no ocuparlo, pareciéndoles á cada instante que se iba á levantar de aquel banco para reprenderles su bajeza y su servilismo. Su recuerdo les era importuno hasta que lo hubiesen vengado.

Pero á excepcion de algunas miradas de inteligencia y de algunas palabras sueltas, nadie se atrevia á confiar en su vecino aquellas murmuraciones interiores. Robespierre estaba reducido á buscar en las fisonomías el favor ó el odio que le tenian. Para descubrir una oposicion era necesario interpretar los semblantes.

Entre estos aspectos significativos que inquietaban ú ofendian las miradas de Robespierre se notaba á Legendre, cubierto no obstante con la máscara de la complacencia; Leonardo Bourdon, que ocultaba mal el sentimiento; Bourdon (del Oise), demasiado destemplado de palabras para la mudez de la servidumbre; Collot-d'Herbois, demasiado declamador para soportar la superioridad del talento;

Barere, cuya fisonomía ambigua aún dejaba indecisa la sospecha; Sieyes, en cuya cara sólo se leía la insensibilidad de un autómeta; Barras, que aparentaba la imparcialidad; Freron, que ocultaba las lágrimas con que había inundado su corazón desde la muerte de Lucila Desmoulins; Tallien, ocultando mal una tristeza siniestra desde la prisión de Teresa Cabarrús, que había tomado su nombre en los calabozos de los Carmelitas; Carnot, cuya frente austera y marcial se desafiaba inclinarse; Vadier, tan pronto cariñoso como tan pronto agresivo; Louis (del Bajo Rhin), mostrando el valor de su violencia; Billaud-Varennes, imagen de Bruto espionando un César: su semblante pálido y prolongado, su arrugada frente, sus delgados labios y su mirada penetrante y como tendiendo un lazo, revelaban una naturaleza difícil de conocer, difícil á ceder, é imposible de dominar; en fin, Courtois, diputado del Aube, amigo de Danton, que jamás había aplaudido sus crímenes, pero que tampoco había hecho traición á su recuerdo; hombre honrado, cuyo republicanismo probó y moral no le había endurecido el corazón.

Algunos amigos de Marat y de Hebert, diputados tales como Carrier, Fouché y otros convencionales llamados de sus comisiones para obedecer al clamor público contra sus atrocidades, se agrupaban ó se mostraban descontentos en las filas de la Montaña. El centro, compuesto de los restos de los girondinos, más flexible y más servil que nunca desde que le habían diezmado, se callaba, votaba y admiraba; pero en un tiempo en que el título sólo de facción era un crimen, nadie se confesaba pertenecer á un partido; todos aquellos hombres jugaban al entusiasmo ó á la simulación del entusiasmo formando la unanimidad aparente, todos aspiraban á confundirse de modo que no se hiciesen notar. El aislamiento se hubiera parecido á la oposición, y la oposición al complot.

VIII

En el interior de los dos grandes comités, los partidos se tocaban de cerca y se caracterizaban mejor sin confesarse mucho. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), David, Lebas, Lavicomterie, Moise Bayle, Elias Lacoste y Dubarran componían el comité de seguridad general. Hombres subalternos por su talento, no imprimían, pero seguían el movimiento, no rivalizando en las atribuciones del comité de salud pública sino cuando las divisiones de este comité supremo forzaron, tanto á Billaud-Varennes y á sus amigos como á Robespierre y á los suyos, á provocar la reunión de los dos Consejos para hacer que se pronunciase una mayoría. Casi todos aquellos miembros del comité de seguridad general manifestaban un respeto absoluto por las opiniones de Robespierre. Sin embargo, algunos se acordaban con amargura de Danton y otros de Hebert; y en fin, otros, como Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin) y Vadier, trataban de darse alguna importancia personal y luchar con el comité de salud pública. David y Lebas representaban allí únicamente las voluntades del dominador de los Jacobinos, el primero por servilismo, y el segundo por sentimiento y por convicción.

La ausencia de muchos representantes que estaban en comisión del comité de salud pública dejaba á las deliberaciones oscilar entre un pequeño número de miembros que reasumían la república. Estos eran entonces Robespierre, Couthon, Saint-Just, Billaud-Varennes, Barere, Collot-d'Herbois, Carnot, Prieur y Roberto Lindet.

Robespierre, Couthon y Saint-Just eran los hombres políticos; Billaud-Varennes, Barere y Collot-d'Herbois, los revolucionarios; Carnot, Prieur y Roberto Lindet eran los administradores del comité. Los primeros gobernaban, los segundos herían, y los terceros servían á la república.

Entre el partido de Robespierre y el de Billaud-Varennes empezaban á manifestarse sordos pero profundos disentimientos. Carnot, Roberto Lindet y Prieur se esforzaban en ahogar aquellas disensiones en el misterio de las sesiones, por temor de que animasen en el exterior facciones fatales á la libertad comun. Algunas veces aquellos tres decenviros se reunían á Robespierre, pero con más frecuencia á Billaud-Varennes y Barere. El orgullo solitario de Robespierre, la aspereza de Couthon



Robespierre en Ermenonville.—Pág. 405.

y el dogmatismo de Saint-Just ofendían á aquellos convencionales y les rechazaban involuntariamente, por la repulsión de caracteres, en una muda apatía que se asemejaba á la oposición. Cuando Robespierre estaba ausente, se pronunciaba la palabra tirano. Decían que abusaba á la vez de la palabra y del silencio; que mandaba como un dueño, ó se callaba como un superior que se desdén de discutir; que dejaba al comité la responsabilidad de sus actos despues de haberlos inspirado; que se reservaba criticar en los Jacobinos lo mismo que había consentido en las Tullerías; que se burlaba de la moderación, blasonando la clemencia; que defendía á las víctimas cuya sangre era lo más indispensable para su propia grandeza; que rechazaba todo lo odioso del gobierno sobre sus colegas; que los difamaba por su aislamiento; que usurpaba para sí solo toda la popularidad; que dificultaba la guerra en las manos de Carnot; que se sonreía con desprecio en su banco de las fanfarronadas militares de Barere; que no ocultaba las secretas intenciones que tenía de llevar más lejos su influencia en el comité; que tomaba en las sesiones una actitud que parecía el desden ó la majestad de un déspota. Ninguna

familiaridad endulzaba su autoridad; llegaba tarde, entraba con un paso descuidado, se sentaba sin hablar, bajaba los ojos sobre la mesa, apoyaba la cabeza entre las manos, impedía á sus labios expresar ni aprobacion ni crítica, fingiendo hábilmente la distraccion, y á veces la indiferencia ó la impasibilidad.

Tales eran las quejas que circulaban en voz baja contra Robespierre en los comités.

En la municipalidad reinaba como soberano por Fleuriot-Lescot y por Payan, uno corregidor de Paris, y el otro agente nacional. El tribunal revolucionario le era adicto por Dumas, por Hermann, Souberbielle, Duplay y por todos los jurados, que fueron escogidos en la clase del pueblo, en que el nombre de Robespierre era divinizado.

En los Jacobinos, Robespierre reinaba por sí mismo. Desdeñoso en el comité, descuidado en la Convencion, era asiduo, infatigable, elocuente, cariñoso y terrible cada noche en las sesiones de aquella sociedad. Allí estaba su imperio, que consolidaba ejerciéndolo, acostumbrando á la opinion á obedecerle para preparar la república á ponerse en sus manos. Pocos dias despues de la muerte de Danton empezó á ejercer la soberanía de su tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los Jacobinos hacía algunos años, se habia atrevido á veces á interrumpir al orador ó á contradecirle en medio de sus discursos. Ademas, habia murmurado contra el informe de Saint-Just y contra la proscripcion de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse. Robespierre, dejando desbordar el torrente de resentimientos que acumulaba desde algun tiempo contra él, dijo á Dufourny: «¡Acuérdate de que Chabot y Ronsin fueron impudentes un dia como tú, y que la impudencia en la frente es el sello del crimen!» «El mio es la calma», — respondió Dufourny. «¡La calma! — replicó Robespierre. — No, la calma no existe en tu alma. Notaré todas tus palabras para descubrirte á los ojos del pueblo. ¡La calma! Los conspiradores la invocan siempre, pero nunca la tienen. ¡Qué! ¿Se atreven á sentir á Danton, Lacroix y sus cómplices, cuando los crímenes de aquellos hombres están escritos con nuestra sangre, y cuando Bélgica aún humea por sus traiciones? Tú piensas extraviarnos con tus intenciones pérfidas. No lo conseguirás. Tú fuiste amigo de Fabre d'Eglantine.» Despues de este apóstrofe, Robespierre hizo de Dufourny el retrato de un intrigante, de un ambicioso, de un mendicante de popularidad, y pidió que fuese despedido. Dufourny, confundido por una ira que entónces era el presentimiento del suplicio, se arrepintió de no haber adivinado ántes el poder y el odio de Robespierre. Fué entregado al comité de seguridad general.

IX

Saint-Just elevaba de dia en dia más su papel en la Convencion. Se esforzaba por engrandecer el alma de la república á la proporción de una completa regeneracion de la sociedad. Sus máximas tenían el dogmatismo y casi la autoridad de un revelador. Se creía ver en aquel hombre, tan jóven, tan bello y tan inspirado, el precursor de la edad nueva. «Es necesario — decia en un informe sobre la policía general — hacer una ciudad nueva. Es menester hacer comprender que el gobierno revolucionario no es ni el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el trán-

sito del mal al bien, de la corrupcion á la probidad, de las malas máximas á las máximas honradas. Un revolucionario es inflexible, pero es sensible, dulce, político y frugal. Hiere en el combate, y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario, y no era ni insolente ni grosero sin duda. ¡Sed semejantes á él! No esperad otra recompensa que la inmortalidad. Yo sé que los que han querido el bien han perecido todos. Codro murió precipitado en un abismo. A Licurgo le sacaron un ojo los pícaros de Esparta, y murió en el destierro. Focion y Sócrates bebieron la cicuta. La misma Aténas en aquellos dias se coronó de flores. No importa, habian hecho el bien. ¡Si aquel bien fué perdido para su país, no ha estado oculto para la Divinidad! Formar una buena conciencia pública, hé aquí la policía. Esta conciencia, uniforme como el corazon humano, se compone de la inclinacion del pueblo al bien general. Habeis estado severos, y habeis debido serlo. Ha sido necesario vengar á nuestros padres y ocultar bajo sus ruinas esta monarquía, inmenso sepulcro de tantas generaciones avasalladas. ¿En qué se convertiría una república indulgente contra enemigos encarnizados? Hemos opuesto la cuchilla á la cuchilla, y se ha fundado la libertad. Ha salido del seno de las tempestades y de los dolores, como el mundo, que sale del caos, y como el hombre, que llora al nacer. (*Lá Convencion aplaude con entusiasmo*). Que los demas pueblos nos lean su historia. ¿Su nacimiento fué ménos agitado? Han tenido siglos de locura, y nosotros no llevamos más que cinco años de resistencia á la opresion y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio. Amemos la vida oscura. Ambiciosos, id á paseaos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos; decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de sí mismo. Arrojad fuera de vuestro suelo á los que echan de ménos la tiranía. El universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, é inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. Se acusa al gobierno de dictadura. ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solicitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Ciceron desplegó contra Catilina. Sólo César sintió á aquel traidor. A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio. Formad instituciones civiles, en las cuales aún no se ha pensado, y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudeis; todo lo que en el dia de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará el mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que sólo la Convencion domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

Estas máximas líricas parecia que prometian, en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á reconstituir.

Robespierre y sus amigos se adelantaban á la Convencion en aquellos sentimientos; se sabía que las palabras de Saint-Just no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo, y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado su primer papel, y estaba impaciente por tomar